

SUPLEMENTO A LA GACETA DE MADRID

DEL JUEVES 10 DE ABRIL DE 1834.

ARTICULO DE OFICIO.

Partes recibidos en la Secretaría de Estado y del Despacho de la Guerra.

Acaban de recibirse partes del general en jefe del ejército del Norte, que alcanzan hasta el 2 del corriente, en los cuales despues de referir los activos movimientos hechos sobre los facciosos por las tropas de su mando en tres columnas á las órdenes del general Lorenzo, el brigadier Oráa y el brigadier baron de Meer, de los cuales resultaron las acciones cuyos partes se pondrán á continuación, añade que el 4 emprenderia de nuevo las operaciones con el mismo vigor. El coronel Amor con su columna de infantería y caballería procedente de Rioja, donde concurrió á la derrota y expulsión del cabecilla Basilio García, se acababa de unir al general Lorenzo.

Asimismo el general D. Manuel Lorenzo con fecha 29 del mismo mes dice desde Estella al Excmo. Sr. marques de Moncayo, general en jefe, y este comunica al ministerio de la Guerra lo que sigue:

Ejército de operaciones.—Division de Navarra.—Excmo. Sr.: Al Excmo. Sr. general en jefe del ejército digo con esta fecha lo que á la letra copio:

»Excmo. Sr.: Cuatro dias á la vista de los dos batallones navarros 1.º y 3.º unidos á la fuerza alavesa mandados por Villareal observando como me era preciso todos sus movimientos, atrajeron por consecuencia una accion inevitable á mi brigada, sobre un terreno elegido sin duda por el enemigo para hacer nula nuestra arma de caballería con la que eramos tan temibles en cualquiera otro punto á una fuerza de vandidos triple de la que constaba nuestra infantería, que no excedia de 120 hombres en fila.

Grupos desordenados de foragidos se nos presentaron como á las nueve y media de la mañana sobre las alturas de la ermita de Sta. Bárbara y pueblo de Muro, las que prolongándose por su derecha como un cuarto de hora, hadian disputable á nuestras descubiertas y batidores el preciso paso que se dirige del valle de Guesalaz á esta ciudad. Las noticias que recibia del continuado movimiento de la faccion, aunque como siempre variadas y dejando la duda de lo positivo, me confirmaban por esta vez ser su direccion á las Amescuas; asi es que hasta media hora despues de roto el fuego por nuestros cazadores y partidas de carabineros y tiradores, y ocupada una de las alturas que dan frente al pueblo, no pude conocer que intentaban atacarme con todas sus fuerzas reunidas, y ocultas entre los bosques de las cercanías. En tales circunstancias, viendo multiplicarse numerosamente sus guerrillas con increíble prontitud, y provocado el ataque en todas direcciones, me convencí de que era forzoso empeñar una accion, pues el cõrtarla hubiera producido el deshonor de las armas de S. M. la REINA nuestra Señora, é indudablemente grandes y ventajosas consecuencias á las de una faccion convertida en asesinos y salteadores. Por lo tanto dispuse inmediatamente ocupar los puntos que me parecieron de mas importancia militar, y que en todo evento salvaran nuestro bagaje y caballería, objeto primordial de mis operaciones críticas en este dia: efectivamente fueron los resultados cual me prometia, pues cargadas nuestras posiciones con empeño por las ordas de Zumalacarrégui, solo desventajas le produjeron sus esfuerzos.

Mi idea principal en los primeros momentos fue desalojar la multitud de rebeldes situados en el referido pueblo de Muro, cuya operacion me facilitaba cargar con ventaja sus columnas apoyadas al bosque de la retaguardia del pueblo: efectivamente pudo conseguirse por un arrojó de unos 300 valientes del regimiento de Córdoba y 30 caballos de cazadores de la Guardia que apoyaron este movimiento, y aunque cedido á los facciosos reforzados por

una gruesa columna, debo asegurar á V. E. que no lo fue sino despues de una obstinada resistencia, y con pérdida de grande consideracion por parte de ellos. A tiro de fusil cuatro compañías de Avila colocadas sobre unos parapetos ó tapias de las heredades del pueblo, hicieron fácil y desembarazoso el acto de replegarse los de Córdoba: otra segunda columna les fue preciso destinar inmediatamente para contrarrestar estas fuerzas del bizarro provincial de Avila; mas les fue inútil todo arrojó, pues con admiracion, diferentes ocasiones les hicieron retroceder con precipitacion y vergüenza de su empeño decidido, á que fue consiguiente la perdida horrorosa que sufrieron durante cuatro horas del mortífero fuego que se sostuvo, hasta que yo ordené se replegase á otra posicion de retaguardia, para evitar el ser flanqueados por la derecha, con fuerzas que habian destinado los rebeldes, y se hallaban en movimiento con este objeto.

Durante estas ocurrencias no era menor el empeño de nuestra izquierda y centro que sostenian la dilatada linea de posiciones de media legua que ocupaban los enemigos hasta el pueblo de Vearin, distante media hora poco mas de Estella, y próximo al preciso camino que llevaba nuestro bagaje, y que debia llevar nuestra caballería. Las fuerzas que constituian nuestro centro é izquierda, eran el 2.º batallon de Córdoba y resto del de Avila, con un destacamento de la guarnicion de Estella, y no cedieron en denuedo á los valientes de nuestra derecha, pues estoy seguro, Excmo. Sr., que si á presencia de V. E. hubieran ocurrido hechos de tanto arrojó, V. E., complacido como yo, haria el justo elogio á S. M. de los gefes y demas individuos que las componian, sin que los obligasen á ceder un palmo de terreno fuerzas considerablemente superiores, hasta que yo mismo lo disponia; asi es que sin exageracion puede asegurarse que el dia de ayer es uno de los que hacen honor á los esforzados que se glorían de hallarse á las órdenes de V. E.

Por último, Excmo. Sr., desde las nueve y media de la mañana hasta las cinco de la tarde en que terminó la contienda, la obstinacion de ordas desenfrenadas, en cuyo número solo consistia su arrojó, no pudieron tener la menor ventaja sobre el nuestro tan inferior, viéndose precisadas á ocupar sus acantonamientos de los pueblos de Azcona, Iriñuela y Arizala, donde subsisten en la actualidad, y nosotros al de esta ciudad, para reponernos de municiones y otros artículos absolutamente necesarios.

La pérdida que han sufrido los rebeldes es numerosa, y lo confirma todo el valle de Guesalaz, pasando de mas de 150 heridos, los que han hecho conducir á las Amescuas por paisanos y acemillas, y unos 60 á 70 muertos. La nuestra en accion tan empeñada y desigual, ha sido mucho menor de la que me persuadia, pues consiste solamente, por los estados que he recibido de los cuerpos, en un capitán, un subteniente y 18 individuos de tropa heridos del regimiento de Córdoba, y nueve muertos del mismo cuerpo: de Avila un muerto y ocho heridos: de carabineros de costas y fronteras un muerto y un herido: de tiradores de Isabel II un muerto y un herido: de cazadores de á caballo de la guardia Real tres caballos heridos: de la Albuera un caballo herido. Todo lo que trascrito á V. E. para que se sirva, si lo tiene á bien, darlo al publico y elevarlo por duplicado al superior conocimiento de S. E. el general en jefe, de quien le será mas fácil que á mi saber el paradero. Dios guarde á V. E. muchos años. Estella 29 de Marzo de 1834.—Manuel Lorenzo.—Excmo. Sr. conde de Armildez de Toledo."

Ejército de operaciones del Norte.—Excmo. Sr.: Consecuente á lo que con esta fecha digo á V. E. en otro oficio, acabo de recibir el parte de la accion del 29, que con fecha del 30 me da desde Donamaria el brigadier Oráa, que á la letra dice asi:

«Excmo. Sr.: Con arreglo á las instrucciones de V. E. emprendí la marcha á las siete de la mañana del día de ayer para el valle de Vertizarana, y á los tres cuartos para las doce llegué al pueblo del Zaburu, donde traté de dar un pequeño descanso al soldado para que pudiese comer, cuando se me avisó que á media hora de distancia desfilaba tropa por la montaña de Anaburu en direccion de Alcoz: asegurado por mí del hecho me persuadi desde luego que serian el 2.º, 4.º y 5.º batallon de rebeldes, que hallándose en dicho valle estaban en movimiento; y como la direccion de V. E. era al mismo punto, me contenté con disponer que los carabineros de costas y fronteras, los tiradores de ISABEL II con los 10 de caballería de flanqueadores del mismo nombre practicasen un reconocimiento y me diesen conocimiento de lo que observasen, sin empeñar accion alguna, mientras yo me enteraba del terreno. Los tenientes adictos á esta plana mayor D. Benito Amores y D. Antonio Pelaez, á quienes encargué el cumplimiento de mis órdenes, me participaron estaba formado en columna á la falda de dicha altura, que destacó una guerrilla á reconocerlos, les echó el quién vive y rompió el fuego, y á poco rato que desfilando por la izquierda se dirigia á tomar la altura de Gurbill, situada á mi derecha: con este motivo, el de no permitirme las elevadas montañas y su fragosidad enterarme de su posicion y movimientos, y el de haberme manifestado el 2.º comandante ayudante de la plana mayor D. Leonardo Bonet, que segun mis advertencias habia participado al Excmo. Sr. gefe de la plana mayor del ejército el punto en que se vieron los enemigos, supuse que V. E. adoptaria las medidas convenientes para el feliz resultado que la superior prevision de V. E. habia meditado; pero pareciéndome por las disposiciones del enemigo que emprendia su retirada, y que no debia perder tiempo en la movilidad y colocacion de mis fuerzas, mandé al coronel D. Jaime Alburnot, primer comandante del batallon de voluntarios de Navarra, 6.º ligero, que con él y los 20 caballos de la Albuhera se anticipase á tomar el indicado punto de Burbill; y mientras yo me dirigia con los demas cuerpos á posesionarme de la montaña de Anaburu que dominaba la posicion enemiga, recibí repetidos partes de que girando por la derecha subia aceleradamente á las alturas de la izquierda, por las cuales habia venido: entonces previne al referido Bonet condujese al 2.º batallon de Zaragoza, destinado para la reserva, y mandado por su primer comandante D. Jaime Mercader, sobre la montaña de la izquierda de mi frente, con el fin de cortar la retirada al enemigo; al coronel D. Higinio Francia, primer comandante del 2.º batallon de la Princesa, se apoderase de la altura de Narbatazu; al teniente graduado de capitán D. Joaquin Salvador, comandante de la artillería, que con las compañías de granaderos del 1.º y 3.º batallon de Zaragoza le siguiese y colocase las piezas en una posicion de la de Anaburu; y al coronel D. Francisco Santiago, primer comandante de dicho primer batallon, que mandase desplegar en guerrilla la compañía de cazadores, y que con las restantes subiese á la cima de la indicada altura de Narbatazu para sostener al batallon de la Princesa que se encontraria repentinamente con el enemigo.

El teniente D. Antonio Pelaez, encargado de conducir á este batallon, llegó al punto señalado al mismo tiempo que lo verificó otro enemigo á cubierto de la espesura del bosque, y principió el fuego, el cual fue sostenido un buen rato por ambas partes. La artillería, aunque á larga distancia, rompió el suyo; pero sus tiros fueron dirigidos por su comandante con tal acierto, que la segunda granada hizo la explosion sobre las tropas que estaban en batalla á mi frente un poco á la izquierda de la retaguardia de aquel, siendo tal el terror y espanto que infundió en sus filas, que inmediatamente abandonaron el puesto. Las compañías de reserva de la Princesa, al toque de ataque y á la voz de viva la REINA, dada espontánea y unánimemente, y repetida por todos los de sus guerrillas, las de Zaragoza é Isabel II, con arma á discrecion, desalojaron al batallon que tenia á su frente, y sucesivamente fue arrollado y rechazado por las indicadas tropas de las ventajosas posiciones de Zarday, Zamategui y Osarte, á que se fueron retirando los batallones enemigos, y donde quisieron defenderse. Dispersos estos en todos puntos, sin que la espesa fragosidad del terreno y la densa niebla permitiesen verlos, continué el movimiento hasta esta villa, donde entré al oscurecer, y por donde pasaron solamente dos acémilas de brigada. El 2.º y 4.º batallon de rebeldes, puestos en precipitada fuga, y favorecidos del terreno y de la niebla, llegaron de bosque en bosque á Gaztelu y Legara, y fueron á las nueve de la noche á reunirse en Arrayo y el 5.º en Almanzos y Verrueta.

Los valientes gefes, ayudantes, oficiales y soldados del 2.º ba-

tallon del regimiento de la Princesa que tengo el honor de mandar, han correspondido al augusto nombre que llevan de nuestra Soberana, y por su decision y bizarría se han hecho dignos de conservarle. Los de cazadores de Zaragoza, de carabineros de costas y fronteras, los de tiradores de Isabel II y flanqueadores del mismo nombre, se han conducido del mismo modo. El gefe y oficiales de plana mayor han dado pruebas de sus conocimientos, y se han esmerado en el cumplimiento de las órdenes; y los individuos que por la fuga del enemigo no han tenido ocasion de batirse, han marchado de posicion en posicion con la serenidad y celeridad que tienen acreditadas, rivalizando con los primeros en entusiasmo y decision, sin que me haya dejado que desear la animosidad con que iban á buscar al enemigo despues de 21 dias de incesantes movimientos y de marchas de ocho y mas leguas con que ha acudido esta brigada á los puntos y objetos á que V. E. se ha dignado destinarla; siéndome muy sensible que una fatal ocurrencia, hija de esta especie de guerra y del inmenso bosque espeso que V. E. ha visto, le haya privado del completo logro de sus bien meditados proyectos, llegando tan oportunamente, como V. E. deseaba, sobre la retaguardia ó flanco del enemigo, en cuya direccion le ha hallado con las bizarras tropas de la Guardia Real de infantería el ayudante de plana mayor D. Leonardo Bonet en los momentos de la huida del enemigo, á quien yo perseguia.

De todas maneras el resultado ha sido batir á un enemigo de superior número y lleno de orgullo, que se habia engreido con la humana y filantrópica acogida que el generoso corazón de V. E. estaba dispuesto á dispensarle por el bien de la humanidad y la paz general de los españoles, causándole la pérdida de bastantes muertos y heridos, cuyo número y clase no puede designarse por no permitir el terreno, ni haberme detenido en hallarlos, pudiendo asegurar que se vieron 6 de los primeros, y varios de los segundos fueron conducidos por Armandoz, Verrueta y Azpileneta, trayéndole el proyecto de su movimiento, imprimiendo el terror y desaliento en sus filas y prosélitos. La pérdida de esta brigada ha consistido en los soldados Juan Vecino, Alfonso Fernández y Julian Lopez del 2.º batallon del regimiento infantería de la Princesa que han sido heridos, levemente el primero, y de gravedad los segundos.

V. E. que conoce el estado y situacion de cosas de este reino, se servirá graduar el mérito de esta accion, y darle la importancia que se merece; debiendo yo recomendar á V. E. á todos los individuos en general, y en particular al gefe y oficiales de la plana mayor, al primer comandante del regimiento de Zaragoza, Don Jaime Mercader, que estando gravemente enfermo subió por las montañas á la cabeza de su cuerpo, á los tres soldados heridos de la Princesa, y entre estos al granadero Juan Vecino, que hallándose herido de bala de fusil en la mamila derecha, se le previno por el gefe que entregase los cartuchos y se retirase del puesto, y contestó estas siempre memorables palabras: «yo no me retiro hasta concluir las municiones ó derramar la última gota de sangre por mi querida REINA.»

Lo traslado á V. E. para conocimiento de S. M., á cuya soberana consideracion recomiendo los dignos gefes, oficiales y tropa de esta columna, y en particular al distinguido brigadier D. Marcelino Oráa, y al primer comandante D. Jaime Mercader, conceptuando acreedores á inmediata recompensa á los tres soldados heridos, y especialmente al granadero Juan Vecino, que dió tan heroicas pruebas de su valor y decision.

Dios guarde á V. E. muchos años. Cuartel general de Pamplona 2 de Abril de 1834.—Excmo. Sr.—El marques de Moncayo.—Excmo. Sr. Secretario de Estado y del Despacho de la Guerra.

S. M. la REINA Gobernadora, al oír el parte que antecede, se dignó mandar al punto se diesen gracias, en su Real nombre y en el de su augusta Hija la REINA nuestra Señora, al brigadier Oráa; al comandante Mercader, y á cuantos concurrieron á aquella gloriosa accion; concediendo la cruz de Isabel II á los tres soldados heridos, y añadiendo el goce de la alta paga á Juan Vecino: mas como á la sazón se ocurriese á su Real ánimo, ocupado del deseo de recompensar á este soldado tan leal como valiente, que entre los papeles, que tenia S. M. en sus augustas manos, se hallaba la propuesta para el empleo de conservador de las obras de S. Carlos de la Rápita, de 16 rs. diarios de asignacion, se dignó S. M. conferirle en el acto mismo á aquel benemérito militar; mostrando así lo que deben esperar de su régia munificencia los que tan bizarramente sostienen el trono de nuestra REINA, al que está tan íntimamente unida la felicidad de la monarquía.